

Adriano Corrales Arias

Rafael (“Rafa”) Menjívar Ochoa en la memoria

Escritor, Costa Rica

hachaencendida@gmail.com

Conocí a Rafael Menjívar en Managua, Nicaragua, durante un Congreso Internacional de Literatura Centroamericana (CILCA) en 1998. Me llamó inmediatamente la atención el tipo que se decía salvadoreño pero hablaba como mexicano, puro chilango con cierto dejo tico, josefino. Me atrajo más cuando me dijo que estaba viviendo en Costa Rica. Entonces supe su nombre que era el mismo de “Lito” (Rafael Menjívar Larín, 1935-2000) el mítico intelectual y ex rector de la Universidad, es decir, su memorable padre exiliado y fallecido en nuestro país. Y entonces ya no pudimos frenar la conversa.

De tal manera que entre sufridas ponencias, discusiones y lecturas maratónicas nos fuimos tomando el pulso. Allí empecé a reconocer su refinada fisga, su espinosa erudición y su amplio interés creativo que iba desde los comics hasta la música pasando por la culinaria. Coincidimos en la inútil refriega académica cuando de literatura se trata. También en la tiesura de eventos de esa índole, aunque, bien pensado, decíamos, son de los pocos espacios a los cuales se nos invita como escritores, aunque nos esquilmen.

No puedo olvidar la visita a Casa Presidencial. Con Otoniel Guevara el poeta compatriota de Rafa, y otros colegas, entre ellos el también fallecido poeta nica Francisco Ruíz Udiel a quien (¡qué coincidencia!) también conocí en ese evento, habíamos decidido no asistir al “homenaje” que el entonces presidente le brindaba a los escritores centroamericanos. Sin embargo, luego decidimos que literariamente era un acontecimiento digno de verse. Y no nos equivocamos. Allí

observamos el histórico abrazo de Ernesto Cardenal, a la sazón presidente del Centro Nicaragüense de Escritores, con el obeso y corrupto señor Alemán. Luego, entre risas y congojas, nos escondíamos tras las plantas ornamentales para evadir el abrazo del oso.

Ya en Costa Rica la amistad se solidificó. Igual su dicción josefina. Su promesa de preparar mole poblano se materializó en mi casa. Nos chupamos los dedos. Y desde entonces casi todos los fines de semana asistía puntualmente a mis ollas de carne o al arroz con pollo de Leda. O coincidíamos en alguna fiesta de amigos y colegas, o en una lectura, concierto o actividad artística universitaria. Hasta que se marchó a El Salvador a ocupar la casa de su padres por una temporada.

Una de las características más singulares de Rafa era su ardor para defender puntos de vista. Las discusiones eran al duro y sin guantes. Recuerdo su vehemencia discutiendo con escritores y artistas salvadoreños. Y no se trataba de imponer su posición a toda costa, sino que argumentaba con fuerza y convicción. Así lo recuerdo en su casa paterna de San Salvador durante la alocada visita que le hiciera en compañía del poeta salvadoreño-tico Américo Ochoa y de nuestro inefable bardo Alfredo Trejos. Cuando le parecía que su oponente debilitaba la polémica con alguna frasecilla cargada de chota apostillaba con puya pipil y elocuencia mexicana: “¡No mames güey!”

Antes de aquélla histórica, por bulliciosa, visita a San Salvador, Rafa había regresado para estar al lado de su padre agónico. Lo acompañamos en su dolor y cansancio. Fueron días aciagos donde el Rafa enjundioso y sarcástico se refugió en una depre del tamaño de la muerte. Pero, afortunadamente, la superó. Y entonces, allá en “La Luna”, el bar y restaurante de moda en el mundo artístico y literario de Zanzíbar, mientras con Alfredito y Américo bajábamos una gorda de güisqui, Rafa se mandaba cinco o seis cocas light sin parar de despotricar contra el folclore, el provincianismo y la militancia política sectaria, con una lucidez endiablada. Más tarde en su casa, alrededor de una bella fauna pipil y casi hasta el amanecer, al alimón con su hijo, nos deleitó con la guitarra y con sus innovaciones como compositor.

La relación se espació en la distancia. Pero siempre estábamos al tanto uno del otro. Hasta que logramos concretar la visita del extinto grupo *Libertad bajo Palabra* por mediación de la

Casa del Escritor, la cual ya dirigía. Fue memorable la comilona que preparó en su casa del Alto de Renderos en compañía de la poeta Krisma Mancía, su fiel compañera hasta el último instante, como bienvenida. Los jóvenes poetas ticos entonces conocieron el anfitriónazgo de Rafa y Krisma, su calidad humana y su sensibilidad alerta a todas las señales del cielo y de la tierra. Esa vez conversamos bastante sobre su trabajo. Recuerdo dos frases lapidarias a dos de mis aseveraciones/consultas:

1.

A: ¡Cómo ha crecido tu producción!

R: ¡Es que no pierdo tiempo en fiestas ni tomando guaro!

2.

A: ¿Cuál es el objetivo fundamental de tu taller literario en la Casa del Escritor?

R: ¡Posicionar a El Salvador como una potencia mundial en literatura!

Así era de entusiasta y optimista. Claro, en muchas ocasiones topó con la dura realidad y la incompreensión del medio. Su a veces agudo ingenio, su apabullante crítica, y por qué no decirlo, su acrecentado ego, le jugaron malas pasadas ante personas y entes que lo mal interpretaron o, sencillamente, lo obstaculizaron. Ciertamente eso es moneda corriente en nuestras provincias centroamericanas. Lo que no es tan cotidiano es un espíritu estudioso, trabajador, consecuente y generoso con su entorno y con las promesas literarias y periodísticas. Porque vale la pena recordar que, probablemente, su trabajo periodístico era la base de toda su producción intelectual y artística, junto a su compromiso docente.

A ello apunto: se esmeró con toda su voluntad y amor por la literatura en la formación de jóvenes talentos. Muchas y muchos de ellos hoy pueden dar testimonio de la labor de Rafa como pedagogo. Lo otro fue la promoción, en todo momento, de sus compañeras y compañeros de viaje. No paraba de recomendar y ensalzar el trabajo de los escritores salvadoreños contemporáneos y de generaciones anteriores y venideras. Recuerdo particularmente su defensa de Manlio Argueta y de Horacio Castellanos (vida y obra de ambos) ante los cuestionamientos de un joven poeta y funcionario de la cultura cuscatleca. O la defensa de la poesía de Roque Dalton

ante las acusaciones de panfletaria por parte de un amigo común. Todo ello sin caer en el chauvinismo ni en nada que se le parezca, pues mantenía un horizonte amplio en términos literarios, estéticos y humanos.

La última vez que lo vi fue en San José. Nos visitó con Krisma y su pequeñita Valeria. Me parece verlos aún en la Plaza de la Cultura correteando con la niña en el revuelo de palomas y sonidos urbanos. Fuimos a almorzar al mercado central para que no se olvidara de la olla de carne ni de la culinaria nacional. Y de los personajes de sus alrededores que tanto gustaba de mirar e interpretar (en boceto mental) para un posible audiovisual. Porque igual debo subrayar su interés en el vídeo, en el cual incursionó con buena ventura.

Lo demás todos lo sabemos. De ello se han ocupado los medios, los blogs y cientos de personas que lo amaron, lo apoyaron, lo admiraron, lo leyeron, lo vilipendiaron y envidiaron. Como a todo ser humano que se entrega a su oficio y vocación con lucidez, pasión, generosidad y paciencia. Y con humor, mucho humor, es decir, con esa fisga procedente del chilango pero anclada en lo profundamente salvadoreño con el agregado de la chota costarricense. ¿Cierto Rafita? ¡No mames güey!